MARTÍN JORQUERA

KALIPSO



Áurea Ediciones

© Kolapso Kalipso
Sello: Nepenthe
Primera edición:
© Martín Jorquera
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Virginia Gutiérrez
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-57-0
Registro de Propiedad Intelectual:



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

A la familia Lillo-Muñoz y a Catalina y Sebastián,
por tenderme siempre una copa y una mano.

Elegimos el ejemplar más exótico, nos enamoramos
de su libertad y empezamos a construirle una jaula.
Plástico Cruel – José Sbarra

Los otros, siempre nos aceptan mutilados, jamás
con la totalidad de nuestros vicios y virtudes.
Diarios – Alejandra Pizarnik

JUEVES - CAPÍTULO 1

Esta ciudad devora a sus hijos, los atrapa, los mastica, juguetea con ellos y luego los escupe. Eso que llamamos "vida" para ella es el tiempo que dispone para entretenerse con nosotros: el juego consiste en rasguñar un poco nuestra cordura, masticarnos hasta el aburrimiento, o regurgitar nuestro espíritu por ahí, en cualquier esquina llena de basura de su cuerpo.

Nuestra consagración como sus hijos ilustres está en la decisión que cada uno toma en ese breve instante en que la ciudad, aburrida de nosotros o distraída por una nueva tragedia, se olvida de comernos.

Cuando vemos esa brecha de fugaz esperanza, aturdidos por su jueguito, tenemos dos opciones: aceptar nuestra muerte en vida o correr a duras penas y hacer las maletas en el acto.

Preparar el equipaje: esa era mi opción. Así escaparía de este infierno, o eso creía, antes de que el calor, la sequía y la desidia me quitaran ese último soplo de agónica dignidad que me permitía huir de sus fauces.

Pasar tanto tiempo aquí transformaba a cualquiera y, aunque a la larga uno se va acostumbrando a vivir en una especie de prisión que tiene los cerros del valle por murallas, no todos sus habitantes podíamos sentir la misma tierna devoción por quedarse a esperar que algo mágicamente cambiara el impulso caníbal de este pueblo.

No todo siempre fue así. En algún momento esto fue un valle fértil: verdor, valle-valle, río–río y calipso eran parte de una misma materia: un mismo espíritu unificador. Pero de

ese verde y azul idílico ya ha pasado mucho tiempo, tanto que las lluvias se fueron y los empresarios llegaron.

Tanto tiempo que ahora he empezado a creer, más bien, que esta ciudad malhumorada, en vez de escupir, esculpe a sus hijos con su boca de hastío. Los atrapa y, en vez de comérselos, los vomita tallados en estatuas grotescas. Descubrió que no puede devorarlos ni dejarlos ir a todos porque eso significa también su muerte. Así que, desde hace un tiempo, nos da forma: como prisioneros de su somnoliento vientre o como exiliados de sus desérticas fronteras.

Así, este pueblo replica su agonía inmutable de gente que se va y gente que se queda. No deja cabos sueltos y, terca como una bestia, se resiste a cualquier nueva idea, a cualquier cambio, y tanto los locales como los exiliados o los recién llegados pasan a ser parte de su dieta. Los primeros en descubrirlo fueron los políticos que quisieron mover el cementerio del pueblo que se erguía en la mitad de un enorme cerro desde que la ciudad se fundó, hasta un lugar más accesible. La resistencia del pueblo fue feroz: en nombre de la tradición, ancianos y jóvenes se opusieron y lo hicieron imposible, inviable. Así que, cada vez que alguien moría, se podía ver desde todo el valle la lenta y desgastante peregrinación de los deudos, como hormiguitas tristes yendo a su último y lejano nido en el cerro más alto.

Hoy en la mañana en una reunión de trabajo con vecinos de esta ilustre ciudad, una indignada mujer, harta de la sequía y mi perorata técnica, sacó desde el fondo de sus entrañas una flema ardiente de rabia y desprecio ante todo este desastre medioambiental que transformó al pueblo en una bestia y plasmó en mi cara la baba de su angustia con un escupitajo perfectamente ejecutado. El

gutural ruido buscando el pus interior, la posición de sus labios, la distancia y fuerza, la mezcla de espesor y líquido: era un gargajo y una ejecución digna de enmarcar, aunque hubiera preferido que no fuera en mi cara.

Maldita ciudad, maldito trabajo, maldita sequía, malditos todos, pensaba mientras me limpiaba el pómulo.

Asqueado, hablé a mi jefa y pedí tener libre el viernes. Aceptó y, compadeciéndose de mí, también me dio libre esa tarde. Quizás, con lo astuta que es, vio en la fuerza con la que limpiaba mi mancillado rostro que me preocupaba sentirme cayendo a toda velocidad en el abismo de la pérdida de fe y quiso impedir una tragedia mayor.

Por eso, necesitaba un espacio para mí y es que soy un convencido de que, de vez en cuando, todos debemos ejercer el derecho de perder la fe en el futuro, en el amor, en Dios, en lo que sea; sobre todo en Dios. Además, por sugerencia de un buen amigo, también el derecho a echarse a morir, secarse las lágrimas y levantarse. Sobre si levantarse después de sufrir es un deber o un derecho, mi amigo y yo no nos hemos puesto de acuerdo y dejamos la puerta abierta a interpretaciones.

Dios… en este pueblo también se hablaba mucho de Dios, en la iglesia, en la plaza, en las calles adornadas para las procesiones, en las radios trasmitiendo los sermones evangélicos y católicos, por todos lados y a todas horas, en cualquier ceremonia oficial o informal. Ahora, cada vez más frecuentemente, los cristianos pedían a Dios un milagro que trajera lluvias, pero las plegarias parecían no ser escuchadas.

En este punto, los habitantes tampoco parecían llegar a consenso; mientras algunos rezaban por el fin de la sequía, otros se organizaban para protestar en contra de lo que

llamaban saqueo. Sequía y saqueo, una dialéctica que daba forma a todas las contradicciones que esta ciudad pudiera engendrar. Desde férreos defensores de los beneficios de la empresa privada hasta quienes pedían su salida inmediata. O quienes predicaban que esto era un castigo de Dios y quienes veían en tanta sequedad la cola maligna del demonio. Ambos grupos, voceros elocuentes de nuestra tragedia colectiva.

Yo los maldecía a todos por igual y con la tarde libre por delante, necesitaba tiempo para mí y no para caminar por estos pasillos de la historia del pueblo, pero sonó el teléfono: era Nickol, del trabajo. Número telefónico terminado en 537. Nunca quise guardar el número en mi teléfono. Ese era mi gesto de patética rebeldía con el trabajo: no reconocerlo, tratarlo como a un número desconocido. De seguro me llamaba por alguna contingencia, pero este era mi tiempo y después del gargajo, merecía desconectarme.

El trabajo, el bendito trabajo. Antes de entrar a trabajar aquí, estuve largos nueve meses cesante, rebuscando por aquí y por allá, yendo de un lado a otro, ocupándome en lo que fuera, viajando de un pueblo a otro, en una vida nómada que, aunque divertida, mi bolsillo no miraba con tan buenos ojos.

Un día, la basura y la mierda empezaron a colapsar esta ciudad y me contrataron como parte del Departamento de Aseo y Ornato.

Una serie de irregularidades en los contratos salieron a la luz cuando los camiones recolectores dejaron de pasar y las bolsas y cajas de residuos se empezaron a acumular fuera de las casas, en las esquinas, en las calles, en las plazas y en casi cualquier rincón.

Un intenso y pestilente olor se apoderaba del pueblo

mientras los diarios locales daban cuenta de las acciones judiciales que buscaban determinar los responsables de semejante caos. Para sorpresa de nadie, la Justicia no encontró culpables.

Supongo que, gracias a una tardía inyección de recursos, la situación no alcanzó a desatar una alerta sanitaria mayor, pero fue suficiente para transformar varios rincones de la ciudad en verdaderos escaparates donde se exponían los desperdicios de cada habitante. Los más observadores podían distinguir de quién era cada montículo de basura.

Todo un verano la ciudad fue putrefacción, hasta que el asunto se empezó a calmar y la basura fue desapareciendo poco a poco de las esquinas y de las calles. Este desastre fue suficiente para que pequeñas legiones de ratones y moscas se apoderaran de los sectores más críticos y los hijos esculpidos de esta ciudad forjaran la costumbre de arrojar basura en cualquier patio trasero y sitio baldío.

Una vez terminada la crisis sanitaria, el propio municipio, después de una millonaria inversión de la Gobernación, creó al fin este Departamento y con él, un trabajo para mí.

De eso ya pasó un rato; no mucho, pero fueron meses terribles.

Recuerdo que por las canaletas de las calles escurrían los fluidos que expulsaban las bolsas rotas de basura, como si el sol les provocara una transpiración corrosiva. El líquido de un pasaje, más el de otro y el de otro más, coincidían en las desafortunadas esquinas formando un charco virulento. Las calles del pueblo formaban una gran alcantarilla superficial que hacía que, de un modo retorcido, todos en el pueblo estuvieran íntimamente conectados por un hedor insoportable.